



HAL
open science

Política y literatura en la obra de Jorge Volpi

Marie-Pierre Ramouche

► **To cite this version:**

Marie-Pierre Ramouche. Política y literatura en la obra de Jorge Volpi. Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (12. 2006. Santander): Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España, 2006, s.l., España. pp.1700-1708. halshs-00104698

HAL Id: halshs-00104698

<https://shs.hal.science/halshs-00104698>

Submitted on 9 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

POLÍTICA Y LITERATURA EN LA OBRA DE JORGE VOLPI

Marie-Pierre RAMOUCHE
Universidad de Pau, Francia
ramouchemp@yahoo.fr

RESUMEN: Política y literatura parecen indisociables en la obra de Jorge Volpi. Por una parte, sus novelas están hechas de política en el sentido en que abordan y cuestionan los grandes problemas políticos que sacudieron el siglo XX. Sin embargo, por otra parte, a través de sus ensayos y artículos de prensa, Volpi no deja de demostrar que la política es una obra de ficción y los políticos unos manipuladores que llegan a crear una imagen ilusoria de la realidad con la misma habilidad que un novelista.

Invirtiendo las perspectivas, podríamos decir que si Volpi afirma que la política es ficción, también debería ser verdad lo contrario, es decir que la ficción es política. Dejando de lado las cuestiones de fondo, en varios aspectos parece que, de hecho, Volpi concibe la literatura en términos de técnicas políticas. Siendo tradicionalmente el papel de un novelista inventar una historia y hacer todo lo posible para que el lector la tome por verdadera, Volpi lleva hasta sus últimas consecuencias semejante misión hasta el punto de hacer que el lector acabe confundiendo completamente realidad y ficción.

Afortunadamente, a diferencia de los políticos, Volpi nos da las claves para no caer en sus trampas con el fin de convertirnos en lectores críticos de estas madejas de ilusiones que son la política y la literatura.

Palabras Clave: literatura, política, Volpi, ficción, manipulación

A lo largo de su ya sólida trayectoria literaria, el escritor mexicano Jorge Volpi ha querido ver la ficción como un medio para estudiar la realidad histórica y política no sólo de su país, sino de todo el planeta, interesándose particularmente en los sobresaltos que sacudieron al siglo XX. Fidel Castro, Louis Althusser, Carlos Salinas de Gortari, Boris Yeltsin, Michel Foucault y el subcomandante Marcos son algunas de las figuras políticas que invaden las páginas de las novelas de Jorge Volpi, novelas que acaban convirtiéndose en verdaderos ensayos en los que Volpi trata de mostrar, a través de la ficción, cuán plurales y sutiles son las verdades políticas. Sin embargo, los vínculos que unen política y literatura en la obra volpiana son mucho más complejos: si bien el autor utiliza las armas de la ficción para comprender la política, Volpi, paralelamente a su corpus literario y a través de una serie de artículos y ensayos (que a veces adoptan una forma novelesca), se empeña en desenmascarar las redes ficcionales e imaginarias sobre las cuales descansa la política. ¿Literatura hecha de política o política hecha de ficción? Trataremos de analizar la respuesta de Jorge Volpi a esta pregunta.

Jorge Volpi cuenta que, al igual que sus amigos del Crack, casi todos nacidos en ese *annus mirabilis* de 1968, solía decir que lo único excepcional que harían en sus vidas sería nacer aquel año. Quizá por ello, por nacer en este año tan políticamente marcado, Volpi fue picado por el gusanillo de la política que se convirtió en una de sus principales obsesiones como lo demuestra la mayor parte de sus novelas. No cabe duda: *La paz de los sepulcros* (1995), *En Busca de Klingsor* (1999), *El fin de la locura* (2003) y *No será la Tierra* (publicación prevista para septiembre de 2006) son novelas hechas de política, que tratan de parte de los grandes problemas políticos del siglo XX como el auge del nazismo, el desmoronamiento del imperio soviético o la responsabilidad de los intelectuales en los movimientos revolucionarios de los jóvenes del 68. Pero no por ello son novelas de propaganda. Después de tanto estudiar las relaciones entre los intelectuales y el poder, parece que Jorge Volpi no se siente ni quiere sentirse comprometido con otra cosa que con la actitud crítica. Por eso, es siempre con la necesaria distancia del cuestionamiento como se aproxima a la esfera política que tanto le atrae. Seguramente escarmentado por el ejemplo de algunos de sus antecesores mexicanos que terminaron atrapados en las redes del poder, Volpi tomó el partido de manejar esta materia prima novelística con mucho cuidado, con todas las precauciones que pudiera tomar un investigador para no interferir en los resultados de sus experiencias. No novelas políticas entonces, más bien novelas de investigación política, que por el pormenorizado contenido histórico en el que se asientan bien podrían ser consideradas novelas históricas o como llegaron a afirmar Ricardo Chávez Castañeda y Celso Santajuliana en su « *Diccionario Volpi* », una forma de novela-ensayo :

Para Volpi, la literatura no se cierra en un fin en sí mismo. Narrar le supone un medio de conocimiento –en sus propias palabras : "escribo sobre lo que no conozco y escribo para conocerlo"- y esta exploración del mundo siempre queda "grabada" con mayor o menor sutileza en sus libros, convirtiéndolos en un híbrido entre la novela y el ensayo. (...) Novelas de ideas (...) novela con una pesada carga documental, la obra "seria" de Jorge Volpi viene a ser una enciclopedia de sus pasiones intelectuales. (Chávez Castañeda, Santajuliana, 2004:93)

Prueban las detalladas bibliografías que acompañan *En Busca de Klingsor* o *El fin de la locura*, que, antes de escribir sus novelas, Volpi lleva a cabo un largo trabajo de investigación sobre estos temas: como lo contó el mismo autor a Ricardo Chávez Castañeda y Celso Santajuliana, indagar en la responsabilidad política de los científicos del Tercer Reich le tomó en total como cuatro años antes de poder pasar a la etapa de la redacción de *En Busca de Klingsor*. Asimismo, le fueron necesarios tres años de lecturas estructuralistas y el respaldo de una tesis de licenciatura sobre Michel Foucault para escribir *El fin de la locura*. Las preguntas son, ahora, ¿por qué escoger la novela para tratar de estos temas?, ¿por qué pasar por el prisma de la ficción en vez de escribir directamente un ensayo sobre estas cuestiones? Esta es la respuesta de Jorge Volpi:

Es quizás una necesidad la de hacer que la ficción ayude a interpretar los acontecimientos de manera tan valiosa o tan profunda como la propia historia, lo que me animó a utilizar las herramientas de la novela para comprender el siglo XX. (Santodomingo, 2004)

Al leer esta afirmación del autor se comprenden mejor cuáles fueron los motivos que le llevaron de *La imaginación y el poder* (1998) a *El fin de la locura* (2003). Estos dos libros enfocan la misma

problemática de las relaciones que unen los intelectuales al poder político, sólo que en el primer caso Volpi se valió de la herramienta ensayística y en el segundo de la ficción. En 1998, Volpi publica un ensayo en el que lleva a cabo un recuento de las actitudes de la *intelligentsia* mexicana frente a la masacre de Tlatelolco perpetrada por el gobierno de Díaz Ordaz en contra de los estudiantes. Cinco años más tarde, en 2003, con la novela *El fin de la locura*, vuelve a sumirse en esta reflexión sobre la influencia y el papel de los intelectuales en la lucha de las masas juveniles contra el poder establecido, pero esta vez centrando su enfoque en el mes de Mayo francés y extendiéndole a todo el movimiento de la izquierda revolucionaria en latinoamérica. Dejando de lado los cambios de puntos de vista y el ensanchamiento espacial y temporal, numerosas son las diferencias que separan ensayo y novela y que permiten comprender la necesidad que sintió el autor de “novelizar” su ensayo. Obviamente en nada es comparable, por ejemplo, la exposición fría y pormenorizada de los acontecimientos del mes de mayo 68 en la capital francesa que requiere el análisis histórico, y el testimonio de un narrador en primera persona en medio de las improvisadas barricadas de los estudiantes que ve, oye, huele, siente y vive en directo el ímpetu, el miedo, la exaltación y el peligro de los enfrentamientos contra las fuerzas policíacas en el barrio latino. Tampoco lo es el obligatorio tono mesurado y objetivo del estudio científico con la ironía y la irreverencia que permite la ficción a la hora de desmitificar los monstruos del pasado. En comparación con la presentación concienzuda del ensayista, la parodia de la organización del premio de la Casa de las Américas que nos ofrece el novelista tiene un impacto mucho más eficaz para poner de relieve las tácticas del régimen castrista a fin de conseguir el apoyo moral de los intelectuales. Y así podríamos multiplicar los ejemplos para mostrar que la ficción permite que cobren vida y parezcan más reales los acontecimientos históricos y le dejen por consiguiente al lector una idea más clara y viva de los sucesos ocurridos. Pero al mismo tiempo no nos parece que sea ése el aspecto que más le haya llamado la atención a Volpi; al contrario, dado que, como lo veremos más adelante, Volpi dista mucho de ser un adepto de la identificación del lector al relato y por lo tanto no quiere que su estrategia narrativa descansa exclusivamente en los recursos de la ilusión referencial. Lo que sí debe de representar una cualidad inapreciable para un autor tan escéptico como Volpi, es que la ficción no está restringida a dar una explicación o un veredicto, es que la ficción, mucho más que el ensayo, consiente que las cosas se queden en suspenso y permitan la duda. Y lo repetimos: las novelas de Jorge Volpi no son novelas de tesis, sólo quieren cuestionar la realidad, hacer nacer preguntas a las que el lector podrá, si lo quiere, contestar. *El fin de la locura*, por ejemplo, cuenta la historia de un intelectual mexicano, Aníbal Quevedo, que de tanto leer a los estructuralistas franceses, igual que Don Quijote se vuelve loco y decide embarcarse en la gran odisea de la izquierda revolucionaria a desfacer entuertos, luchar contra la injusticia y construir un mundo mejor. Sin embargo, frente a la violencia y al dogmatismo revolucionario, decepcionado y desengañado, igual que Don Quijote, al final de la novela reniega de su combate, de la locura revolucionaria y prefiere volverse pragmático admitiendo que es necesario transigir con este poder contra el que luchó su vida entera. La novela se cierra con la muerte de Aníbal, una muerte oscura y misteriosa cuyas circunstancias quedan por ser aclaradas. De hecho, no se sabe si esta derrota de Aníbal frente al poder se debe a una sincera toma de conciencia por parte de Aníbal o si se dejó sencilla y vilmente comprar por el presidente mexicano, Carlos Salinas de Gortari, pasando a engrosar las filas de los numerosos pensadores mexicanos que, de feroces oponentes al gobierno, se convirtieron en intelectuales oficiales. Más allá de estas dudas sobre la honestidad final del personaje, lo que Volpi no quiere dejar claro es el balance de la izquierda revolucionaria en la segunda mitad del siglo XX. Con este paralelo con Don Quijote, el lector se encuentra frente a la misma imposibilidad de alegrarse por la vuelta a la razón del caballero de la triste figura, porque, al perder su locura, Don Quijote pierde la parte más noble y romántica de su alma y le parece que la vida no merece la pena. Es lo mismo para estos caballeros andantes modernos: por fin abandonan la histeria y el fanatismo de la revolución, pero en cambio sólo dejan un futuro árido y exento de esperanza. ¿Qué es lo peor? ¿Quién lleva la razón? La novela no nos da ninguna respuesta, solamente nos hace la pregunta obedeciendo a una de las peculiaridades esenciales de la literatura moderna en la que, en palabras de Mounir Laouyen, “la verdad no es la última palabra de texto, sino la palabra que falta al texto”.

Por todas estas razones se puede entender que la ficción le resulte a Volpi un arma eficaz para analizar el mundo político, pero si nos arriesgamos a otros terrenos de la escritura volpiana, es decir sus artículos, sus columnas en la prensa, sus ensayos, nos damos cuenta de que es más todavía, de que la

relación ficción-política es aún más estrecha de lo que parece. Si bien por un lado Jorge Volpi escribe novelas que están hechas de política, por otro lado no deja de comparar la política con una novela. En ocasión de la elección presidencial que tuvo lugar en México, en su columna de la revista mexicana *Proceso*, en *el País*, o en el blog que animó a principios de año, Volpi, con su característica ironía, se dio con sumo placer a la tarea de sacar a luz las costuras de las estrategias de campaña de los diversos candidatos para desenmascarar los símbolos, imágenes, falaces conceptos con los que hilaban su cortina de mentiras. Los títulos de estos artículos son bastante significativos al respecto: “Ficciones democráticas”, “El show debe continuar”¹, etc..., igual que lo son las diatribas en contra de lo que llama la mercadotecnia política que llenan sus columnas:

Nuestra democracia es, repito, una ficción. Está plagada de defectos y desventajas, pero hasta que no inventemos algo mejor no nos quedará más remedio que tratar de mejorarla. Por ello, conviene recordar en todo momento su verdadera naturaleza para no ser víctimas de más engaños. Al ver y escuchar a los candidatos presidenciales habría que realizar un ejercicio más cercano a la crítica literaria que a la política, a fin de desenmascarar a los farsantes y no caer en las trampas retóricas de los expertos en mercadotecnia. Sólo así podremos lograr que nuestra democracia se convierta en una ficción benéfica y no, como ha sucedido hasta ahora, en un doloroso conjunto de mentiras.²

Esa misma idea se encuentra también en sus ensayos, en particular en *La guerra y las palabras*, donde revela las tácticas de comunicación del EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) y la manera como los zapatistas consiguieron construirse una imagen que les granjeó una simpatía internacional. Para lograrlo, el autor lleva a cabo un minucioso análisis de los discursos zapatistas, particularmente de los del Sub comandante Marcos. En cuanto a la Declaración de la Selva Lacandona por ejemplo, Volpi subraya el carácter disparatado de algunos de los propósitos del ejército zapatista como el de pedir la rendición incondicional del ejército federal: ni que decir tiene que en 1994, el puñado de soldados zapatistas no tenían ni la menor posibilidad de realizar este proyecto, y seguramente ni la menor pretensión de lograrlo, pero lo importante, como indica Volpi, era entablar esta guerra de las palabras (de hecho aquí sólo se trataba de una fantasmada) que le iba a resultar tan existosa al EZLN. Tras desmenuzar las tretas discursivas zapatistas, Volpi acaba concluyendo que “en resumen la Declaración de la Selva Lacandona es ante todo una elegante y muy convincente obra de ficción” o se maravilla ante la notable manera como “Marcos pone en escena a sus fantasmas, convirtiendo a Chiapas en un espacio literario de su invención”(Volpi,2004:219)

Para hacer más patente todavía esa calidad ficcional de la política es interesante apreciar que Volpi no sólo escribe novelas que se convierten en ensayos políticos, sino también ensayos que adoptan una forma literaria: *La imaginación y el poder*, subtítulo una *historia*³ intelectual de 1968 viene así dividido en cinco “actos” y hasta consta de un “dramatis personae”, cuando para *La guerra y las palabras*, el autor dejó claras sus intenciones en la advertencia liminar:

Aunque este libro está rigurosamente apegado a los hechos ocurridos en México en 1994 —y a las palabras pronunciadas por sus protagonistas—, he querido darle la forma de una obra de ficción. Dado que el propio subcomandante Marcos convirtió la literatura en su principal arma de combate, me pareció adecuado contar la historia del alzamiento zapatista como si se tratase de una novela. Por esta razón, he omitido al máximo las citas a pie de página y los recursos propios del ensayo en favor de aquellos provenientes de la narrativa. En cualquier caso, el lector interesado no le será difícil identificar las referencias de todos los libros y artículos citados en la bibliografía final. (Volpi, 2004:13)

Así se explica la presencia de estos escuetos párrafos al principio de cada capítulo que recuerdan los géneros narrativos del siglo de oro:

¹ VOLPI, Jorge, « El Show debe continuar » en *El Blog de Jorge Volpi*, 5 de enero de 2006

² VOLPI, Jorge, “Política Ficción” en *El Blog de Jorge Volpi*, 14 de diciembre de 2005, <http://blogs.prisacom.com/volpi/?p=14>

³ las cursivas son nuestras

Primera parte

El escenario

donde se habla del paraíso perdido, del pecado original,
de los buenos salvajes y de los hombres que son lobos de los hombres
y de cómo la selva lacandona y las cañadas de Chiapas
se convirtieron en el centro del mundo (Volpi, 2004:219)

Citemos para terminar con esta serie de ejemplos, los tres artículos que publicó el autor en *Proceso* a principios de 2006, que en vez de ser columnas de opinión política se convirtieron en capítulos novelescos en los que el escritor imaginó tres veces cuál sería la situación del país, los sentimientos y opiniones de cada uno de los tres candidatos principales a la presidencia, caso de que ganarían.

Sin necesidad de explayarnos más en el tema, queda claro que para Volpi, y por eso seguramente le interesa tanto, la política es pura ficción y se siente obligado a denunciar las artimañas de las que se valen los políticos para hacer pasar sus embustes por verdaderos. Sus columnas en la prensa le sirven de tribunas para estas denuncias pero, de hecho, muchas de sus novelas, directa o indirectamente, tienen el mismo fin. *La paz de los sepulcros* pone en escena a un periodista mexicano, Agustín Oropeza, que a través del sórdido asesinato del ministro de justicia (futuro sucesor del presidente), va a acabar sumiéndose en los arcanos de la corrupción y decadencia del gobierno mexicano, descubriendo cómo los más altos miembros del estado, para ocultar sus conspiraciones y crímenes, no dudan en inventar una segunda conspiración fomentada por un supuesto activísimo y sumamente peligroso FPLN (Frente Para la Liberación Nacional), que en realidad no es sino un resabio moribundo del antiguo EZLN que no deja de negar su responsabilidad en artículos que nadie toma en cuenta. Especie de anti Monsiváis, Agustín Oropeza, trabaja por gusto por la prensa amarilla, carece de principios y escrúpulos, y no trata de denunciar las mentiras del gobierno sino que, al final de la novela, corrobora la versión del Estado y ayuda a consolidar las ficciones políticas. Es de notar como en el caso de *La paz de los sepulcros*, se verifica el dicho de que a veces la ficción se adelanta a la realidad en la medida en que, justo antes de la publicación de la novela, México fue sacudido por el turbio asesinato de Luis Donald Colosio, futuro sucesor de Salinas de Gortari, y que el gobierno mexicano hizo todo lo posible para que no se descubriera la verdad, armando una especie de segunda conspiración que tuviera como fin ocultar la primera. Jorge Volpi escribe así en *La guerra y las palabras*:

El expediente Colosio ha devenido, pues, un palimpsesto: un alud de palabras, imágenes y sonidos sobre los cuales se ha reescrito a lo largo de estos diez años, la imposibilidad de su resolución. (Volpi, 2004:133)

Como lo sintetiza Volpi más adelante en el ensayo, al fin y al cabo, “el conspirador es una artista del engaño” y “toda conjura es un acto de ficción que busca desarrollarse en el futuro, una conspiración mental que aspira a suplantar la verdad”(Volpi, 2004:142). Volvemos a encontrar este tema de la conspiración en *El fin de la locura* en que se sospecha que Aníbal Quevedo fue víctima de una conjura enteramente inventada por el Estado. Sin embargo, en este libro, como en todos los demás, hay que señalar que el problema de la conjura se inscribe en una reflexión más amplia sobre las relaciones entre saber y poder, en la que está presente, por supuesto, la influencia de Michel Foucault, del que Volpi es gran admirador. Como explicó Foucault en *La vérité et les formes juridiques*, a diferencia de lo que se cree desde Platon, no hay antagonismo entre poder y saber, el poder no es aniquilamiento y prohibición de saber, sino todo lo contrario, el poder es sinónimo de producción de saber. Según Foucault, hubo que esperar a Nietzsche para comprender que la verdad no es algo innato que existe de por sí y que sólo hay que desvelar y encontrar, sino el resultado de una lucha de poder entre fuerzas que compiten para imponer su visión de la realidad y por lo tanto para obtener el poder. De eso precisamente tratan las conspiraciones de las dos novelas a las que nos referimos.

Pero de manera más general *El Fin de la locura* sólo es, de cierto modo, el intento de desmitificar los espejismos de la izquierda revolucionaria atacándose a sus mitos e ilusiones, igual que, *No será la tierra*, la última novela del autor, no persigue sino la triste realidad que se escondía detrás de las quimeras de la URSS y luego detrás de las del capitalismo supuestamente triunfante.

Por todas partes, bajo varias formas y distintos puntos de vista, Volpi no se cansa de fustigarlo: la política es pura ficción. Una ecuación tristemente perfecta como no deja de demostrarlo el autor, pero una ecuación que, precisamente por perfecta, no puede sino incitarnos también a tomarla a la

inversa: si la política es ficción, la ficción es necesariamente política. Si queremos ser consecuentes con esta compenetración que hemos notado en la obra volpiana entre ficción y política, tenemos también que explorar este otro enfoque de la problemática para ver que, en efecto, consciente o inconscientemente, Volpi aprehende la ficción como si de política se tratara. Otra vez no hablamos aquí de problemas de compromiso, no de cuestiones de fondo sino más bien de forma, no de significado sino de significantes: por más políticos que sean los temas que aborde el autor, lo que nos interesa aquí es la manera cómo los aborda, todas las estrategias que urde el novelista para poner en escena estos asuntos políticos, y queremos demostrar que, al respecto, Volpi es capaz de portarse de manera tan maquiavélica como los políticos a quienes critica. Volpi o, de manera general, cualquier otro escritor, ya que finalmente ¿en qué consiste el papel de un autor si no en inventar una historia y hacer todo lo posible para que, por espacio de unas páginas, nos olvidemos de que es una ficción y la tomemos por verdadera? ¿Y qué hacemos nosotros lectores al firmar este tácito pacto de lectura sino consentir e incluso comprometernos a ser manipulados?

Aficionado a los juegos metanarrativos, Volpi deja al narrador de *En busca de Klingsor*, Gustav Links, el trabajo de exponer desde el primer capítulo su pacto de lectura. Como se supone que Gustav Links es un eminente matemático alemán, de manera muy científica presenta una serie de “leyes del movimiento narrativo”, la primera de las cuales es el axioma siguiente: “toda narración ha sido escrita por un narrador”. Links explicita a continuación:

Esta aseveración, que a primera vista parece no sólo tautológica sino decididamente estúpida, es más profunda de lo que se suele admitir. Durante años se nos ha hecho creer que cuando leemos una novela o un relato escritos en primera persona (...) nadie se encargaba de llevarnos de la mano por los acertijos de la trama sino que ésta, por arte de magia, se presenta ante nosotros como si fuera la vida misma. Mediante este procedimiento, se concibe la ilusión de que un libro es un mundo paralelo en el cual nos internamos por nuestra propia cuenta. Nada más falso. A mí siempre me ha parecido intolerable la mezquindad con la cual un escritor pretende esconderse detrás de sus palabras, como si nada de él se filtrase en sus oraciones o sus verbos, aletargándonos con una dosis de supuesta subjetividad. Seguramente no soy el primero en notar esta dolosa trampa, pero al menos quiero dejar constancia de mi desacuerdo con este escandaloso intento por parte de un autor de borrar las huellas de su crimen. (Volpi, 1999:23)

Después de haber dejado clara la autoridad autorial de esas líneas, sigue explicando que por lo tanto, lo único que nos va a ofrecer será una visión parcial de los hechos, es a saber su propia visión:

La verdad es *mi* verdad y punto. Los “estados de onda” cuánticos que yo completo con mi acto de observación son únicos e inmutables, gracias a un montón de teorías que no me encargaré de revisar ahora —el principio de incertidumbre, la teoría de complementaridad, el principio de exclusión—, por lo cual nadie puede decir que tiene una verdad mejor que otra. Puedo resultar intolerable, falso, incluso embustero, pero no por voluntad propia sino por una ley física que no puedo sino obedecer. No tengo entonces, por qué pedir disculpas. (Volpi, 1999:27)

De manera que no nos queda otro remedio que confiar en él:

Como han dejado dicho muchos otros antes que yo, no seré más que el guía que habrá de llevarlos a través de este relato: seré un Serenius, un Virgilio viejo y sordo que se compromete, desde ahora a dirigir los pasos de sus lectores. (...) Puedo jurarlo: lo único que pretendo es que ustedes confíen en mí y, por tanto, no puedo engañarlos haciéndoles pensar que yo no he existido y que no he participado en los trascendentales hechos que me dispongo a exponer. (Volpi, 1999:24)

Detrás de esta honestidad liminar que pretende ir en contra de cualquier manipulación o ilusión referencial, se esconde en realidad una treta digna de las más péfidas confabulaciones políticas, aunque en realidad se trate de un viejo truco: confieso que, sin que sea realmente culpa mía, voy a estar obligado a mentir, para que mejor crean en mi buena fe. No obstante, después de esta marca de rectitud y conciencia moral, a lo largo de la novela la única meta de Gustav Links va a consistir en embaucarnos, a nosotros y a Francis Bacon, el protagonista de la historia, que como nosotros empieza por confiar en él. Francis Bacon es un joven teniente norteamericano que desembarca en la Alemania de la posguerra para descubrir quién era el asesor científico de Hitler, siendo la trama de fondo de esta búsqueda la responsabilidad de estos investigadores alemanes que pusieron su saber al servicio de la barbarie nazi. En su trabajo el teniente Bacon se hace ayudar pues por Gustav Links, matemático alemán inventado por Volpi, el cual habría participado en la tentativa fallida de atentado contra Hitler urdida por algunos

oficiales del Reich un poco antes del final de la guerra. Aparentemente fuera de toda sospecha, Links encamina al joven teniente a seguir la pista de Werner Heisenberg, famoso científico alemán, uno de los padres de la física cuántica, que hasta el final se negó a abandonar su país como lo habían hecho muchos de sus colegas y fue el principal artífice del proyecto atómico nazi y por lo tanto culpable idóneo en este *thriller* científico. Pero el final de la novela deja entender que en realidad el culpable buscado es el mismo narrador y que por consiguiente, desde el principio, Links sólo quiso, como nos lo había advertido, enseñarnos *su* verdad, *su* visión de los hechos presentándose como víctima inocente. Si nada queda claro acerca de su efectiva culpabilidad, la duda es lo suficientemente poderosa como para darnos ganas de volver a leer la novela en busca de los más mínimos artificios con los que poco a poco estuvo ofreciéndonos su historia. Más allá de las intervenciones del narrador en primera persona, cada sustantivo, cada imagen, cada adjetivo empleado, dejan de ser anódinos para indicarnos la presencia del narrador y la manera como va hilando su confabulación, con la misma precisión que los “artistas del engaño” que estigmatizaba Volpi a propósito del asesinato de Colosio. Así comprendemos que la tonalidad irónica que a veces utiliza para referirse a Francis Bacon se debe en gran parte al rencor de Links por la persona que acabó acusándolo, y que a lo mejor, Bacon no era tan tonto ni tan influenciable como lo quiere dejar ver el narrador.

En *Klingsor* es el narrador quien funge como alevoso político, pero en *El Fin de la locura*, es el mismo escritor quien toma este lugar. Si bien al principio el relato empieza, igual que en *Klingsor*, como la narración en primera persona de Aníbal Quevedo, quien está dispuesto a contarnos una parte de su vida, poco a poco aparecen en el texto algunos elementos, como por ejemplo los comentarios y aclaraciones en notas a pie de página de un supuesto editor, empiezan a hacernos pensar que en realidad de no se trata de un texto de ficción sino de una serie de notas, apuntes, extractos de diarios, absolutamente auténticos (escritos por Aníbal Quevedo) que un editor, un tal Jorge Volpi, se encargó de compilar y anotar. La duda se hace aún más turbadora cuando al final de la novela, en la reseña bibliográfica que el seudo editor nos hace el favor de darnos, aparecen no sólo títulos de obras con referencias concretas de este Aníbal Quevedo, sino también obras de varios personajes reales como Carlos Fuentes o Carlos Monsiváis sobre la vida y obra de este Aníbal Quevedo. De modo que un lector no avisado puede acabar creyendo de verdad en la existencia de Aníbal Quevedo, y de hecho así ocurrió como nos lo contó el autor, cuando Jorge Volpi vino a presentar su novela a Monterrey, y que con la complicidad de su amigo el escritor mexicano Luis Felipe Lomelí, hizo como si hubiera existido este mexicano que tuvo la oportunidad de ser amigo de Lacan, Barthes, Althusser y Foucault y que para colmo fue el psicoanalista privado de Castro y Salinas de Gortari. La estratagema de los dos escritores surtió efecto, ya que varias personas preguntaron, al final de la charla, por más informaciones sobre cómo encontrar las obras de este prócer de la *intelligentsia* mexicana del que nunca habían oído hablar hasta entonces.

Sin descartar la dimensión de juego que hay en estas burlas inocentes por parte de Jorge Volpi, no podemos más que comprobar que otra vez aquí se trata de manipular al lector para que tome por verdadero algo que no lo es. Hay que reconocerlo, igual que Links, pero de manera mucho más escueta, Volpi nos avisa antes de que empecemos la lectura con esta advertencia liminar: “Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con la realidad es culpa de esta última.” (Volpi, 2003). Sin embargo, igual que Links, durante toda la novela va a tratar de hacernos caer en su trampa, hasta que al final por fin nos da las claves de la novela. En efecto, el último capítulo de la novela consta de una serie de documentos aparentemente auténticos, como artículos de prensa, correspondencia epistolar etc...entre los cuales aparece una reseña literaria de un tal Juan Pérez Avella, publicada en el Ángel de la Reforma el 30 de diciembre de 2003 que empieza así:

El fin de la locura, de Aníbal Quevedo (edición a cargo de Jorge Volpi, Seix Barral, 2003). Lo que nos faltaba : un Quevedo póstumo. Como si no tuviésemos bastante con los libros que publicó a lo largo de cuatro décadas, ahora el *doctor* Volpi nos entrega este remiendo. Sólo a un escritor tan mediocre podía interesarle recopilar y anotar los textos inéditos del psicoanalista mexicano fallecido en 1989 ; no cabe duda de que el mercado sigue dominando nuestra pobre vida intelectual, sobre todo en esos tiempos de intensa —y estéril— globalización. En este contexto, Volpi se empeña en mostrar a Quevedo como "un precursor incomprendido" cuando en realidad nunca fue más que un simple agitador sin peso intelectual. (Volpi, 2003:451)

Dejando de lado la capacidad de “auto-sarcasmo” del autor, es de subrayar que con esta otra muestra de juego metanarrativo, Volpi al mismo tiempo que prueba categóricamente que Aníbal existió, demuestra todo lo contrario, dado que queda claro que es absolutamente inverosímil que Volpi haya podido incluir en su novela, todavía sin concluir, una reseña que trata precisamente de la publicación de la novela. Nos toca pues matizar un tanto nuestras severas acusaciones en contra del autor: no es tan pérfido como los políticos a los que estudia, ya que él, por lo menos, nos muestra también las costuras de este mundo de ficción que está tramando.

Al fin y al cabo, a este punto de nuestro estudio, nos aparece como bastante nítido que más que las realidades políticas, son las ficciones políticas, o sencillamente, la ficción en sí, lo que interesa a Jorge Volpi. La ficción y este poder nocivo a veces que puede tener la ilusión referencial. Desde este punto de vista, *El fin de la locura* funciona también como una especie de *mise en abyme* de esta problemática referencial. Ya hemos dicho que Aníbal y sus colegas de la izquierda revolucionaria aparecen como don Quijotes modernos que, por haber leído demasiados libros marxistas o estructuralistas, perdieron la cordura. Esta metáfora quijotesca tiene muchas más ramificaciones en la novela que no disimula las referencias al intertexto cervantino (Aníbal tiene su Dulcinea, una joven francesa a la que dedica los combates de su vida y que le desdeña, una compañera mexicana Josefa le sirve de Sancho Panza, Pérez Avella es su Avellaneda, Rocinante se llama su casa editorial etc...), para rendir homenaje a la nobleza del caballero de la triste figura, pero también para protegernos de sus desvaríos. Don Quijote es sin duda el lector más famoso de la historia de la literatura, pero al mismo tiempo la mayor víctima de la lectura, aquella afición que le quemó los sesos hasta el punto de hacerle confundir realidad y ficción. Nuestro quijotesco Aníbal Quevedo padece la misma afición ya que él también ha sido contaminado por lo que Volpi llama, basándose en las investigaciones del biólogo Richard Dawkins, “la lectura infecciosa”⁴, ese virus por el cual las ideas leídas en los libros, o “*memes*”, intentan apoderarse de la mente de los lectores inocentes. Y es precisamente contra esta tendencia a leer de manera acrítica lo que se nos presenta, que lucha Jorge Volpi. ¿Hasta qué punto somos capaces de creer en lo que leemos? Al hacernos esta pregunta Volpi nos incita a convertirnos en lectores activos y conscientes, capaces de diferenciar ficción y realidad tanto en el ámbito literario como en el ámbito político. Lector crítico o, para utilizar la metáfora de Gustav Links, investigadores al acecho de las huellas que dejan estos criminales que son los políticos y los escritores:

El auténtico investigador, como el auténtico científico, debe leer cuidadosamente los hechos para no dejarse engañar: debe estar preparado para descubrir, en cada caso los signos que muestran, presuponen o revelan la voluntad del criminal que ha quedado asentada en el mundo. (Volpi,1999:224)

Esta advertencia tiene el mismo fin que el apóstrofe al lector-ciudadano que cierra el libro titulado *México: todo lo que cualquier ciudadano quisiera (no) saber sobre su patria* que escribió Volpi en colaboración con la politóloga mexicana Denise Dresser. En esta adaptación del libro *América: The Book*, de Jon Stewart, ambos escritores revisitaron con feroz ironía todos los mitos históricos o políticos que conforman la sociedad mexicana para suscitar, en palabras de Denise Dresser, “una sana indignación” en el ciudadano mexicano e incitarle a dejar de resignarse a este estado de cosas. Así terminan Volpi y Dresser:

¿THE END?

No. No debe ser el final de la historia.

Para evitar que lo sea, no te quedes con los brazos cruzados.

Vota. Exige. Denuncia. Vigila. Edúcate.

Vacúnate contra la apatía. No te conformes con ser sobreviviente. Participa (Volpi,2006:321)

⁴ En una clase magistral titulada « Quijotes y Quijotismos », dado en la Universidad internacional d'Andalousie Santa María de la Rábida (Huelva), del 15 al 19 de agosto del 2005, Jorge Volpi se basaba en las ideas de Dawkins para explicar la enfermedad de Alonso Quijano. Dawkins, en su libro *The Selfish Gene*, publicado en 1976, desarrolló la teoría de que los genes humanos eran egoístas, ya que no eran sino seres biológicos que luchaban por su sobrevivencia y que se servían de los seres humanos como de recipientes transitorios por los cuales podían perpetuarse. Más tarde se interesó en lo que llamó los « memes », especies de dobles mentales de los genes, que, igual que esos genes egoístas, utilizaban a los individuos para diseminarse. Aquella teoría inspiró a varios pensadores que compararon al nazismo o al comunismo con verdaderas epidemias mentales que se esforzaban por esparcir sus « memes ».

En unas palabras, Volpi ve en el lector a un ciudadano de la República de las Letras que tiene que mantenerse crítico, rechazar la aceptación pasiva de la realidad que le proponen y ser así de cierta manera, él también, un autor.

A través de sus obras Jorge Volpi nos enseña que política y literatura se parecen mucho más de lo que nos figuramos ya que ambas son obras de ficción. Por eso, tenemos que desconfiar tanto de los discursos de los políticos como de los de los escritores, adoptando siempre una actitud crítica frente a esta madeja de ilusiones que es la realidad.

Para concluir, sólo diré que, al conocerlos tan bien, Jorge Volpi podría ser, me temo, un excelente hombre político. Si algún día se presentara a las elecciones de su país, yo, de ser mexicana, nunca votaría por él, pero sí seguiré leyendo sus novelas, convencida como él de la necesidad de esta benéfica mentira que es la literatura.

Bibliografía

Obras del autor:

VOLPI, Jorge. *La paz de los sepulcros*. México. Editorial Aldus, 1995

VOLPI, Jorge. *La imaginación y el poder*. México. Era, 1998

VOLPI, Jorge. *En busca de Klingsor*. Barcelona. Seix Barral, 1999

VOLPI, Jorge. *El Fin de la locura*. Barcelona. Seix Barral, 2003

VOLPI, Jorge. *La guerra y las palabras*. México. Era, 2004

VOLPI, Jorge ; DRESSER, Denise *México : todo lo que todo ciudadano quisiera (no) saber de su patria*. México. Santillana Ediciones Generales, 2006

Artículos del autor:

VOLPI, Jorge. Ficciones democráticas. *Proceso*. México. 24 de septiembre de 2005.

VOLPI, Jorge. Roberto Madrazo, el nostálgico. *Proceso*. México. 15 de enero de 2006.

VOLPI, Jorge. Felipe Calderón, el impasible. *Proceso*. México. 29 de enero de 2006.

VOLPI, Jorge. Andrés Manuel López Obrador, el atrabiliario. *Proceso*. México. 12 de febrero de 2006.

VOLPI, Jorge. "Política Ficción". En *El Blog de Jorge Volpi*, 14 de diciembre de 2005, <http://blogs.prisacom.com/volpi/?p=14>.

VOLPI, Jorge. « El Show debe continuar ». En *El Blog de Jorge Volpi*, 5 de enero de 2006.

Artículos sobre el autor :

CHÁVEZ CASTAÑEDA, Ricardo; SANTA JULIANA, Celso. Diccionario Volpi. En LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel; JIMÉNEZ RAMÍREZ, Félix; LÓPEZ BERNASOCCHI, Augusta. *En busca de Jorge Volpi*. Madrid: Editorial Verbum, 2004, p.73-99.

SANTODOMINGO, Roger, *El Fin de la locura*, *BBC Mundo*, 24 de septiembre de 2004, http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/misc/newsid_3685000/3685372.stm

Otros:

FOUCAULT, Michel. La vérité et les formes juridiques. En *Dits et écrits*, T II. Paris. Galimard. 1994. p.538-646

LAOUYEN, Mounir. « L'autofiction : une réception problématique », *Fabula* <<http://www.fabula.org/forum/colloque99/208.php#FN2>>